

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO B)

El evangelio de hoy es sorprendente. Los apóstoles han llegado cansados de la misión que les había encomendado el Señor. Habían trabajado mucho. Incluso no tenían ni siquiera tiempo para comer. Jesús, que no desatiende la humanidad de sus apóstoles, les invita a ir a descansar un poco. Y les dice: «Venid vosotros solos». Si el apóstol quiere entregarse a su misión y desgastarse por Cristo, necesita pasar tiempo con Él.

La Iglesia sigue enseñando esto. Es un error terrible anteponer la acción a la contemplación, de pensar que lo más importante es hacer cosas. La experiencia nos advierte que primacía de la acción acaba destruyendo al sujeto y volviendo infecunda la obra apostólica. Una vez una superiora de religiosas encargó la catequesis a una muchacha aparentemente menos cualificada, por sus dotes personales, por su simpatía, etc., pero de profunda vida espiritual. El tiempo confirmó el acierto del consejo. A veces, contra toda lógica, salen adelante grupos que eran conducidos por personas no especialmente carismáticas, pero que sin embargo tenían una gran fe.

El caso es que Jesús se retira con sus apóstoles en la barca para estar solo con ellos, como si fuera un día de retiro. Pero, cuando llegan a su destino se encuentran con una multitud inmensa, y Jesús siente compasión de ellos, y, estando cansados, Jesús se puso a enseñarles largamente. Sigue siendo verdad que el apóstol debe descansar y encontrar tiempo para su propia vida interior (oración diaria, retiros, ejercicios espirituales...), pero hay una prioridad, que es la de la caridad.

Allí era Jesús el que podía enseñar largamente. Cuando Él suba al cielo, la tarea quedará encomendada a sus seguidores, quienes, en ocasiones, tendrán que consumirse a favor de las almas. ¿Cómo podrán hacerlo si no con Jesús? El Señor ha antepuesto la respuesta al problema: encontrando tiempo para estar con Jesús y, descansar en Él.

A veces se habla de la oración como combate. Es así, pero también hay momentos privilegiados en que es descanso del alma.

Así suele pasar después de comulgar. Cuando hemos recibido a Jesús sacramentado, el alma se dilata, se abandona, se sumerge en un mar de amor divino, y, por decirlo de alguna manera, nuestra débil naturaleza se recuesta en la fortaleza del Señor. Esto es lo que sucede verdaderamente en el alma.